(Fragmento de muestra)

José Luis López-Linares

España y la creación de Estados Unidos

Más de 250 años de historia compartida

Índice

1. Portada
2. Portadilla
3. Lema
4. Prólogo. *We the Hispanos*, el origen de este libro
5. Introducción. El carácter cofundacional de lo hispano
6. 1. Un imperio, trece colonias
    1. La presencia española en la Norteamérica del siglo xviii
    2. La llegada de los anglosajones y la fundación de las Trece Colonias
    3. Nutka, Bodega y Quadra, y la frontera del noroeste
7. 2. México como núcleo de irradiación de la expansión hispana: Nuevo México y Texas
    1. El eje del Nuevo Mundo
    2. El proceso de gestación de Nuevo México
    3. Texas, la huella española en la formación de un territorio estadounidense
    4. La increíble aventura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca
8. 3. Puerto Rico, la Florida y Luisiana
    1. Puerto Rico: cuatro siglos de presencia española en el Caribe
    2. La Florida: de la conquista española a la anexión estadounidense
    3. Luisiana: la posesión francesa que terminó siendo profundamente española
    4. Fuerte Mosé, el primer asentamiento de esclavos libres en la Florida
9. 4. California: las misiones
    1. La expansión por el noroeste
    2. La misión, una institución singular
    3. Vida cotidiana y costumbres
    4. La religión como eje de la existencia
    5. Tensiones de un mundo en transición
    6. El crepúsculo de una era
    7. Incorporación de California a Estados Unidos

8. Tres representantes de una época
10. 5. España y la independencia de Estados Unidos
    1. La relación de los Borbones con Inglaterra
    2. Carlos III y el compromiso con los territorios españoles en América
    3. La ayuda que prestó España a Estados Unidos
    4. Bernardo de Gálvez y la victoria de Pensacola
    5. La batalla decisiva de Yorktown (1781)
    6. La influencia del derecho español en la Constitución de 1787
    7. Una cuestión de rigor histórico
    8. El dólar estadounidense
    9. Jefferson y el proyecto continental
    10. Aranda y la visión atlántica del Imperio
11. 6. El mundo hispánico en Estados Unidos en el siglo xxi
    1. La Leyenda Negra
    2. Nuestra Señora de Guadalupe
    3. El catolicismo en Estados Unidos
    4. El legado lingüístico
    5. Literatura, cine y política
    6. La música, ritmos de ida y vuelta
    7. Sabores hispanos que conquistaron un país
    8. El legado arquitectónico, jurídico y agrícola
    9. La continuación natural de cinco siglos de presencia
    10. Topónimos en Estados Unidos: como si estuviéramos en España
    11. El Camino Real de Tierra Adentro
12. Conclusión. Ser quienes somos y soñar en español
13. Epílogo. El orbe en la palma del Niño: de la fatiga prometeica a la promesa hispana
14. Agradecimientos
15. Bibliografía
16. Índice onomástico
17. Créditos

IntroducciónEl carácter cofundacional de lo hispano

La historia de Estados Unidos se ha relatado desde un prisma anglocéntrico, pero la evidencia demuestra que lo hispano en ese país posee —tal como sostiene Leáñez Aristimuño— un

carácter rotundamente cofundacional: «Estados Unidos está constituido por dos culturas esenciales, vigentes, fuertes: la de raíz anglosajona y la de raíz hispana. Lo hispano en Estados Unidos no puede ser considerado de forma alguna como algo invasor, como algo ajeno, como un cuerpo extraño. Su condición es cofundacional en lo que a ese país se refiere».

Estados Unidos, tal como lo conocemos hoy, se constituye a partir de dos culturas esenciales, vigentes y poderosas: la de raíz anglosajona y la de raíz hispana. Comprender, pues, la historia de esta nación exige reconocer que ambas tradiciones han convivido, se han influido mutuamente y siguen vivas. Aquella dualidad no es producto del azar ni resultado de migraciones recientes: constituye el fundamento mismo de un país que, desde sus primeros momentos, se construyó sobre territorios ya habitados por una cultura que hablaba español, rezaba en español, cultivaba la tierra con técnicas hispanas y nombraba ríos, montañas y bahías con palabras nacidas en la península Ibérica y en el mestizaje americano.

Durante mucho tiempo esta dimensión histórica permaneció relegada a un segundo plano, como si tres siglos de presencia continua pudieran borrarse sin más. El aumento de la población hispana y el creciente interés por los orígenes de la nación han abierto, sin embargo, la posibilidad de una revisión más amplia y honesta del pasado. Existe hoy una mayor disposición a reconocer que la presencia española forma parte de los cimientos históricos del país. La demografía actual no representa una amenaza, sino el regreso de una memoria que nunca desapareció del todo. Cuando las cifras muestran que el español es la segunda lengua más hablada y que las comunidades hispanas se expanden por todo el territorio, lo que se revela no es una invasión, sino la reaparición de una raíz que siempre estuvo presente, esperando a ser reconocida. La historia de Estados Unidos no puede contarse de forma completa si se ignora esta dimensión. Hacerlo equivale a mutilar el relato de los orígenes y a empobrecer la comprensión de lo que el país es en la actualidad.

Hoy existen en Estados Unidos setenta millones de hispanos. De ellos, más del ochenta por ciento son ciudadanos estadounidenses de muchos años; solo una minoría corresponde a residentes o inmigrantes recientes. En menos de una generación esa población alcanzará los cien millones y representará el veinticinco por ciento del total del país. El cincuenta por ciento del crecimiento demográfico estadounidense ya es hispano; sin esa aportación, el crecimiento de la nación sería negativo. Dos tercios de los hispanos son ciudadanos y el veinticinco por ciento de todos los estudiantes de las escuelas públicas pertenece a esta comunidad. En ciudades como Los Ángeles esa proporción supera el setenta por ciento. Estas cifras no son un dato marginal: confirman que lo hispano no es un añadido, sino una de las dos raíces estructurales sobre las que se asienta el país.

La población hispana crece un cuarenta y dos por ciento cada diez años. El cincuenta por ciento son dueños de sus viviendas. No se trata de una clase exclusivamente pobre: existe una clase media emergente que se desarrolla de forma acelerada. Sin hispanos el crecimiento de Estados Unidos sería negativo. Estos datos sitúan a Estados Unidos como un país que, aunque muchos de sus propios habitantes no lo sepan, es tan hispano como anglosajón. El reconocimiento de esta realidad no es un gesto retórico: es la condición necesaria para entender la identidad profunda de una nación que, desde sus orígenes, se construyó sobre el encuentro de dos mundos.

Cuando se contempla el mapa de Estados Unidos desde una perspectiva histórica amplia, se percibe con claridad que gran parte del territorio que hoy integra la nación estuvo bajo soberanía hispana durante siglos. Esa presencia dejó una huella indeleble que la narrativa dominante tendió a minimizar o a presentar como un episodio secundario. Recuperar esa parte de la historia no supone negar la importancia de la tradición anglosajona; supone completar el relato y devolverle la complejidad que realmente posee. Solo así es posible comprender por qué el

español no desaparece, por qué las comunidades hispanas mantienen una vitalidad cultural extraordinaria y por qué el futuro demográfico del país está indisolublemente ligado a esa raíz cofundacional.

La lengua española, lejos de ser un fenómeno migratorio reciente, forma parte de la estructura profunda del territorio. Los nombres de ciudades, ríos, montañas y estados son testimonios silenciosos pero persistentes de esa presencia. La agricultura, la arquitectura, el derecho y las formas de convivencia llevan la marca de siglos de experiencia hispana. Ignorar esta dimensión no solo empobrece el conocimiento del pasado: distorsiona la comprensión del presente y limita las posibilidades de proyectar un futuro coherente con la verdadera identidad de la nación. Reconocer esta realidad permite superar visiones simplificadoras y construir una narrativa nacional más completa, más justa y más fiel a los hechos. La hispanidad no llega desde fuera: regresa desde dentro, desde los cimientos mismos del país.

Desde las primeras expediciones españolas hasta la consolidación de las misiones, desde la defensa de fronteras extremas hasta la contribución a la independencia de las Trece Colonias, la presencia hispana ha dejado una impronta que atraviesa lo material y lo simbólico. La lengua, el derecho, la economía, la música, la gastronomía y las formas de religiosidad popular son expresiones de esa continuidad.

El olvido de esta dimensión ha tenido consecuencias profundas. Ha generado relatos incompletos que presentan la expansión hacia el oeste como un proceso sobre un territorio vacío o apenas habitado por culturas «primitivas». Ha permitido que la herencia hispana se percibiera como un añadido migratorio reciente, cuando en realidad es una de las matrices originales. Ha dificultado la integración plena de las comunidades hispanas al privarlas de un anclaje histórico sólido. Recuperar el carácter cofundacional no es un ejercicio de reivindicación aislada: es un acto de precisión histórica que beneficia a toda la sociedad estadounidense, porque solo desde una memoria completa es posible construir una identidad coherente y un futuro compartido. Reconocerlo permite superar complejos, resentimientos y visiones distorsionadas, y abrir el camino hacia una autoestima cultural basada en el conocimiento de la propia historia.

Pensar lo hispano no como una nota al margen de la historia atlántica, sino como una de sus tradiciones constitutivas, es la tarea que estas reflexiones pretenden abordar. La precisión histórica y la ambición intelectual se unen aquí para devolver la presencia hispana al lugar que le corresponde en el relato fundacional de la nación estadounidense. Esta recuperación no es un gesto nostálgico: es la condición necesaria para que el país se mire a sí mismo con mayor exactitud y para que las comunidades hispanas recuperen el anclaje histórico que les permite situarse en el presente desde una posición de dignidad y de conocimiento.

Esta perspectiva permite también superar visiones simplificadoras del mestizaje. El mestizaje hispánico no fue un accidente ni una debilidad de la presencia española en el continente: fue una respuesta civilizatoria a la diversidad del continente. Frente a modelos que privilegiaban la separación o la exclusión, el mundo hispano desarrolló formas de integración que, con todas sus tensiones y desigualdades, generaron sociedades híbridas capaces de absorber influencias múltiples. Esa experiencia constituye una de las aportaciones más significativas del Imperio español a la historia de América y, por extensión, a la historia de Estados Unidos. Reconocerla no implica idealizar el pasado; implica comprender que la complejidad actual del país tiene raíces profundas y que esas raíces son, en buena medida, hispanas.

La dualidad cofundacional, como sostiene el profesor Leáñez Aristimuño, no se agota en el pasado. Condiciona el presente y proyecta el futuro. La autoestima de las comunidades hispanas se fortalece cuando pueden mirar a una historia de presencia continua y de contribución decisiva. La sociedad en su conjunto gana en lucidez cuando deja de interpretar la demografía

actual como una ruptura y la entiende como una continuidad. En ese sentido, la recuperación de la memoria cofundacional no es solo un ejercicio historiográfico: es un acto de madurez colectiva.